

Manuel



Actual (Mérida) (23): 59-70,
Octubre de 1992.

España: Despecho y virtud

José Sant Roz

*...vecino de Trujillo, yerno de Juan de Osorno;
dueño de algunas tierras con indios; buscador de tesoros,
o huaquero; mocho, tuerto y pedigüeño
de cargos para él y para sus hijos...*

(De las crónicas de Alonso Borregán)

Crónicas muy antiguas hablan de la violencia y agudeza de los hispanos. Trogo Pompeyo, historiador del siglo I d. de C. y autor de la *Historia Universal*, dice que el español tiene una naturaleza de gran resistencia física, buena para la abstinencia y la sobriedad. El español es un tanto descuidado con su persona, posee escuetos hábitos de limpieza, sus maneras son groseras y deslucidas. Es orgulloso hasta la ridiculez, blasfemo, terrible cuando se le toca el amor propio, feroces y carniceros cuando dan rienda suelta a sus desenfrenos y locuras. Las guerras civiles españolas están llenas de odio, de actos de sadismo inominables. Leyendo sobre la situación de la España que “descubre” y conquista las Indias Occidentales, percibimos en su gente un estado de horror y caos, una miseria y un dolor inmensos. Ya lo dije una vez en uno de mis libros: estaba yo en

Madrid, sentado en uno de los bancos de la redoma de Luca de Tena, miraba los españoles que iban y venían por el lugar cuando, de pronto, algo apretado en el pecho me hizo llorar. Sentí una piedad inmensa por aquella gente que parecía sobrellevar una pena, un destrozo y una mutilación espiritual sagrada y brutal. Yo era un muchacho, un ignorante sobre cuanto había sufrido el pueblo español, de modo que no era intelectual mi ahogo, la enorme tristeza y desolación que me dominaba. Aún lo recuerdo sin poder explicármelo. Era que recordaba algo ausente por siglos, el silencio aterido de aflicción por tantos caminos prendidos a mis antepasados. Fue a principios de los años setenta. Al igual que Eduardo Caballero Calderón me pareció que no iba a España por primera vez, sino que regresaba luego de una larga ausencia. Recuerdo que allí, sentado, nublados los ojos, sintiendo un amor intenso por aquella gente a la cual estaba unido por la sangre, por un recuerdo incurable; mis queridos parientes, mercedores de amor y piedad; conmovido, con los labios temblorosos, me pregunté en medio de la confusión que me dominaba, por qué los españoles querían seguir viviendo, luego que cada cual en aquel escenario, entonces tan fúnebre y gris, había sufrido la pérdida de toda esperanza. Había en cada cual una especie de espantoso vacío y a la vez la delicia morbosa de una ausencia mortal. Sobre todo me dí cuenta de la necesidad que sentía por divertirse, por comer, por beber, por hablar cientos de horas en los cafés cada semana. Pero no conseguían divertirse. Parecían más bien despechados. Cualquier lugar de diversión estaba atestado de gente, pero había algo deprimente en aquel mundo de feria y circo, de bailes y ruidos, cohetes y luces. Yo entonces asociaba a cada desgracia social con una especie de derrumbe o destrozo marital: en particular a los españoles los veía padeciendo de agobio una especie de oprobiosa desintegración amorosa. La mujer entonces no se sentía bien. La mujer española se sentía frustrada, estafada por la clase de hombres

con los que tenía que compartir la vida y que habían heredado la cruel situación de un estado militarizado y brutal. La juventud parecía castrada en sus aspiraciones. Con miedo no se puede pensar ni se puede amar. Cada español inspiraba piedad por su condición. El amor era el gran problema de aquella España cansada de odiarse a sí misma, cansada de no saber qué buscar para hallar paz y armonía. Con la horrible certeza, de haber fallado durante siglos en sus fines y obsesiones. Adolorida, resignada. Y en todas partes escuchaba aquellas canciones sevillanas plagadas de tanto desprecio del hombre por sí mismo, canciones que no eran sino gritos desgarrados, rojos de sangre, con brillo de puñales en los que se percibe una enorme ruina personal. Todas las mujeres parecían decirle a sus amantes:

No te aferres, no te aferres,
que ya no te quiero...

Esta expresión revela toda la tragedia de España entonces y siempre. Lo demás es divagación. Yo creo que la historia de la humanidad podría escribirse de un modo más certero y profundo si se pudiera recoger el sentimiento amoroso de las mujeres en cada época. Salían barcos cargados de hombres desengañados, llenos de pena y de vergüenza; en cada hombre que salió de España, durante los desastres de la última guerra civil, iba un ser desilusionado de sí, cargando con la pena de un amor fallido, con el peso de un enorme y angustioso fracaso amoroso. Y esa sombra de repudio del hombre hacía sí, no es nueva. Ocurrió también durante la conquista y la colonización de las Indias, cuando llegaron aquellas mujeres envueltas en sus sedas finas, en sus brocados, (dispuestas a ser esposas de hombres que se mentaban como ricos y valientes) y los españoles las miraron con recelo, sabiendo que ellas se decepcionarían al verlos: sin un ojo, sin un brazo, llenos de cicatrices, y hábitos groseros. Ese denso y magro pesimismo español, que pareciera un reflejo

directo de la confusa y atolondrada manera de amar; llena de un orgullo silencioso y desesperado, que en ocasiones se empaña con los arrebatos de muerte. La España de Pío Baroja que nunca se casó. La España de los vericuetos tristes y nublados de soledad que describe en sus novelas don Benito Pérez Galdós. Esa España enferma de impotencia y soledad; esa nota negativa patológica de desengaño sobre el porvenir. Don Uslar Pietri se enardece porque nosotros veamos en nuestro origen y en nuestra actual condición un vilipendio, sin contar que fueron los españoles los que nos transmitieron ese estado de total desencanto por lo pretérito, por los hombres y las instituciones. Consumados pesimistas lo fueron Pío Baroja y don Miguel de Unamuno. Especialmente don Miguel que en ocasiones habló de que España abrigaba corazones de esclavos, y que en su país al que guarda un corazón de ciudadano libre le llaman soberbio, loco o ingrato. Esa España perenne en la historia y en el dolor, inquisitiva, cruel y sublime, desgarrada, que ha buscado la pureza y la verdad aniquilándose a sí misma; que tomó sobre sí encargos de regeneración religiosa, con un sentido sagrado jamás visto por pueblo alguno, a la vez que se consumía en una odisea de sangre y bochorno en sus empresas de conquista y colonización.

Esa España que no ríe, que nunca ha reído verdaderamente y que cuando ha intentado hacerlo —como dice Ramón Sender— lo que logra es la risa de un Quevedo, de un Goya, o Valle Inclán. Quevedo, bufón escatológico (el hombre más culto de su tiempo), Goya, demasiado triste y dramático. Valle Inclán solitario, callado. Agrega Sender que España no ríe sino que sonrío nada más, con los ojos muertos, porque el español lo que tiene es vergüenza y pudor de la alegría y de la tristeza naturales. No es cierto que España sea un país alegre, pues “su pueblo juega voluntariamente con la muerte (los toros) y adora vírgenes que

llevan siete puñales clavados en el corazón y usa cilicios y ayuna de grado o por fuerza y viste colores más oscuros que los demás pueblos y tiene nombres grotescos para algo de lo cual nadie ha osado nunca burlarse: el muerto. (El “fiambre”, el “macabeo”, el “palmado”). También se dice que es el pueblo más católico y en ningún idioma hay blasfemias tan elaboradas ni en el resto del planeta se han quemado tantos conventos a lo largo de la historia como en España entre 1926-36. Finalmente, se considera a España como un país idílico y en toda nuestra literatura no hay un idilio verdadero, y cuando aparece uno como el de Calixto y Melibea, el genio de Sileno interviene y el idilio acaba en catástrofe y para que la fiesta sea típicamente española, la misma catástrofe que envuelta en la risa sin dientes de la vieja Celestina...” (Sender). Esa España que tanto le dolía a sus mejores hijos, y que fue comparada por un conocido aragonés como una mala madre que sólo daba palos a sus críos. Dolidos y desintegrados: “los españoles ya no visten la férrea armadura sino en la estatua del propio sepulcro, visten con lujo afeminado, arrepentimiento de haber nacido hombres, por todas partes se ven matronas descocadas que hacen gala de adulterio, hombres que tienen por oficio lucrativo ser maridos... Cuando Quevedo se acuerda alguna vez de su vena satírica, nos da el comentario de alto valor histórico que debemos poner siempre a las burlas de sus obras festivas; los vicios de que en ellas hace escarnio no son simples lacras de una sociedad en su vida normal, abultadas por el efectismo literario, sino que son como la fetidez de un pantano en el que se ha sumido y agotado la clara corriente de un pasado glorioso, pasado que aún está muy próximo para mayor aflicción; son muestra dolorosa de la corrupción...” (1)

Sería una grandísima estupidez, del todo inútil, pretender inventar virtudes y cualidades humanas.

Pese a que el escritor francés Alain René Lesage vivió entre el 1668 y 1747, su obra **Gil Blas de Santillana** recoge muchos aspectos básicos del carácter y del modo de ser del español que vino a poblar las Indias. Vamos a mostrar ciertos párrafos extractados de esta obra para que veamos de antemano el tipo de pícaros que vendrían a ser los colonos de estas tierras.

Así se iniciaba la vida de la gran mayoría de los españoles de entonces:

Estos malos tratamientos me inspiraron tanta aversión a la casa paterna, que antes de cumplir catorce años me escapé de ella. Tomé camino de Aragón y llegué a Zaragoza pidiendo limosna. Enhébreme allí con unos pordioseros que pasaban una vida bastantemente feliz y acomodada. Enseñáronme a contrahacer el ciego, el estropeado, y figurar en las piernas unas llagas postizas. Todas las mañanas, a la manera de los comediantes que se ensayan para representar sus papeles, nos ensayábamos nosotros para representar los nuestros, y después cada uno iba a ocupar su puesto. Por la noche nos juntábamos y nos reíamos de los que se habían compadecido de nosotros por el día...

Uno de los personajes del **Gil Blas de Santillana** define al típico político de partidos de Venezuela. Es la canalla enquistada, endurecida y confundida con el sistema de cuanto heredamos de la corrupción administrativa de la colonia. Esta es la gente que cuando se le acusa de prostituida, ladrona y viciosa, le da por exclamar que existe una campaña de difamación contra la institución que representa:

Soy doblemente feliz, porque disfruto a un mismo tiempo de la comodidad del vicio y de la reputación que da la virtud. Para nosotros, el mundo no es virtuoso sino de este modo: cuesta

demasiado adquirir el fondo de las virtudes, y por eso en el día todos se contentan con tener sus apariencias.

El vulgo lleva una vida ociosa y miserable en esquinas, bares o plazas. La mayoría busca ser "ingeniosa" y ganar adeptos mediante el chiste y la vulgaridad. De cualquiera que pasa hacen una caricatura, tienen en la cabeza un verdadero caos de inseguridad moral. Son monos, son loros o sencillamente están enfermos de idiotez, escindidos por una falta total de disciplina intelectual, de hábitos sanos de trabajo y desposeídos absolutamente de responsabilidad para sí y para con los demás:

Aprendió de memoria una multitud de cuentos y chistes, que a fuerza de repetirlos se ha llegado a persuadir de que son suyos efectivamente...

Cada marido tenía su querida, pero ésta era rebajada al nivel de puta y el amante estaba en el deber de hacerla sentir como tal:

Cuando los grandes señores se inclinan a mozueltas como tú, no deben éstas olvidarse de lo que son; si alguna vez os amamos a vosotras más que a nuestras mujeres, siempre las respetamos a éstas mucho más que a vosotras, y siempre que tengáis la insolencia de pretender igualaros con ellas, seréis tratadas con la indignidad que merecéis.

Otros se pervierten, se envilecen, tratando de encontrar un modo más "digno" de vivir:

Pongamos treguas a nuestro amor, dejemos de guardarnos una fidelidad que nos arruina. Tú puedes embobar a alguna viuda rica, y yo pescar a algún viejo poderoso. Si proseguimos siéndonos fieles uno al otro, ve ahí dos fortunas perdidas...

Camila me ganas por la mano, pues iba a hacerte la misma propuesta: vengo en ello reina mía. Sí por cierto, para la mejor conservación de nuestro amor es menester intentar conquistas útiles. Nuestras infidelidades serán triunfos para entrambos.

La mayoría son mentirosos:

Me contó en qué ocasiones había dejado un ojo en Nápoles, un brazo en Lombardía y una pierna en los Países Bajos. Admiré en las relaciones que me hizo de las batallas y sitios, el que no se le escapase ninguna fanfarronada ni palabra en alabanza suya, siendo así que sin dificultad le hubiera perdonado el que alabase la mitad del cuerpo que le quedaba en recompensa de la otra que había perdido. Los oficiales que vuelven sanos y salvos de las guerras no son siempre tan modestos.

En cuanto uno de estos tarumbas consigue elevarse en el medio social, arrastra consigo una banda de su propia estirpe. Es así como un grupo minúsculo de ladrones, invertidos, mafiosos y beodos han logrado hacerse con una democracia erigida con el voto del ignorante y del estúpido; el ser pensante no tiene salida en este túnel de imbéciles y serviles. Hay que votar para elegir a nuestros gobernantes, por ello: ¿cómo pueden cuatro seres pensantes contra un mundo de tarados, de idiotas?:

Transformé algunos buenos plebeyos en malos hidalgos...; quise también que la clerecía participase de mis favores, así conferí beneficios cortos, canongías y algunas dignidades eclesiásticas...

Escribe Quevedo en **El Buscón**: *Iba yo pensando entre las muchas dificultades que tenía para profesar honra y virtud, pues había menester tapar, primero, la poca de mis padres y luego tener tanta que me desconociesen por ella.*

Unamuno, en artículo que apareció en *El Sol de Madrid*, del 16 de octubre de 1932, habla de vicios españoles, casi todos nos son muy propios, entre ellos el exceso de los trajes, el de tener por deshonra el oficio mecánico (y por cuya causa abundan los holgazanes y las malas mujeres), el que nace de las alcurnias de los linajes. Dice don Miguel que por este vicio nació un refrán castellano, que en ninguna lengua del mundo se halla: "Dadme dineros y no consejos". Añade que el pueblo, anónimamente había cantado:

Cada vez que considero
que me tengo que morir
tiendo la capa en el suelo
y no me harto de dormir.

Don Ramón Sender también señala defectos de su país que también nosotros, en Latinoamérica, sentimos como propios: por ejemplo ése de que el español cree que su intimidad es sublime y la de los demás deleznable y ridícula. Que su vida es un hecho sagrado mientras que la de los demás un accidente vil. No quiere ver, cómo él es también hijo del azar y del dolor. Y se pregunta Sender: ¿Cuándo hemos visto que un español escuche seriamente a otro que cuenta ingenuamente sus desgracias? ¿Y cuándo se ha visto a un español contando esas desgracias inocentemente? Y remata: "Los autores españoles pueden hacer entremeses de ahorcados o de reos de muerte que manejan la cruz como una daga para explicar poco antes de morir en la horca sus golpes maestros (el Paisano en *La Cárcel de Sevilla*) y bromas de verdugos y esperpentos sobre lo humano y lo divino. Pero nunca tragedias con su inocencia lírica y su candor, ese candor e inocencia con que los griegos preguntaban a Dios las mismas cosas turbadoras que los niños preguntan a veces a sus padres".

También dice Sender, que España es el único país en el mundo donde el hambre de un pobre ser humano puede hacerlo ridículo y suscitar risa en lugar de compasión. También el único país donde las deformidades del cuerpo hacen reír. Y se burlan de un jorobado. Imitan grotescamente a un cojo o a un desdichado que sufre convulsiones epileptoides... Y de otras cosas no hablemos. La envidia hace estragos. Es una epidemia endémica.... (Léase: *Solanary y Lucernario Aragonés*, Ediciones de Heraldo de Aragón, Zaragoza, 1978). Todo esto lo sentimos como nuestro los latinoamericanos.

Venezuela que es la más corrupta del planeta, donde los que tienen un poco de posibilidades de prepararse bien, de viajar, de tener relaciones con un mundo intelectual y una conciencia más refinada, son precisamente los más expuestos a la tentación del robo y acaban casi siempre cediendo a él; estos personajes echan al mundo otros ejemplares pobres de amor, de valor, de imaginación para que continúen la obra de sus padres; y acaban por ser más degenerados que sus antecesores. Allá abajo, en el pueblo, si alguien llega hasta los estrados de los que toman decisiones, pronto se enteran cómo se bate la manteca. Están urgidos por saber cómo se acondiciona una plataforma de poder y de riqueza, y no tardan en enterarse que ésta se hace a base de negociaciones turbias, de injusticias, traiciones, bellaquerías y sordidez. Como no tienen condiciones para ser honrados, ni la entereza para mantenerse solos contra la feroz seducción que ejerce el delito y la estupidez, ceden, se venden, se entregan a la crápula y al cinismo que verdea en los círculos del poder.

Teniendo España una tradición cultural tan vasta, con grandes urbes y residencias nobiliarias, universidades y monumentales claustros, con santos y poetas, industria y brillante comercio, con predominio sobre Europa y otras regio-

nes del mundo; gran señora del mar, con sus paños de Segovia y Soria, sus sedas de Toledo y Medina del Campo, sus especies y drogas de la Coruña, sus acopios de sal, hierro y pescado de Santander y Laredo; con sus hornos de cerámica de Talavera y sus rebaños de lanares en las dehesas de Extremadura. Grandes viñedos como los de Cariñena; frondosas vegas, siembras de trigo y cebada, frutas y verduras. En muchos pueblos con molinos, batanes y otros ingenios, hornos de bizcocho, fábrica de velamen, talleres de construcción y reparación de buques; vino y aceite de Andalucía; con astilleros en el norte de Vasconia para construir buques de gran tonelaje, molinos de pólvora; molinos de papel y casas de cristales; con tantos centros artesanales: sombrereros, zapateros, herreros, con un buen repertorio de caminos terrestres y puentes por donde circulaban coches y carretas. De todo esto, ¿qué llegó a las Indias? Casi nada, aquellos lugares eran factorías; esclavos, gente para trabajos bajos que ensuciaban las manos y la ropa. A nosotros nos llegaron los que habían nacido para ser limosneros y ladrones, criminales y aberrados sexuales. Cuando en la propia España de entonces existía una disposición racial que para salvaguardar la reputación de los gremios, se generalizó la costumbre de no permitir como aprendices a los negros, mulatos, o descendientes de esclavos o judíos o penitenciados por la Inquisición; y mucha de esta gente que por fuerza acababa cometiendo delitos contra el Estado, se iba a las Indias. Si a esto se añade que los administradores que enviaron a esta región eran —como dice Rufino Blanco Fombona— imprevisores, intolerantes, carentes de sensibilidad, malos políticos, pésimos administradores; incapaces de transigir en cuanto imaginan lesionado su honor y aun el orgullo, y sobre todo hombres de presa, podemos calcular la categoría de súbditos que tuvo la Corona en estas tierras.

Lo que sí trajeron con largueza y no para el bien de los naturales de las Indias fue la técnica bélica que para entonces era la más adelantada de Europa. Una técnica que habían aprendido en la larga lucha contra los moros.

En cuanto a los castigos y la crueldad, los europeos no hacían escrúpulos. Ya sabemos de la cantidad de pecadores y "brujas" que quemaron vivos, de los incendios que provocaban para cercar y destruir al enemigo, de las condiciones asquerosas que había en las cárceles; de las mutilaciones, destrozos y torturas hasta provocar la muerte. Estas recetas infernales iban a ser usadas por fuerza en los procedimientos llevados en la conquista y población de las Indias Occidentales.

CITAS

1. **Los españoles en la historia**, Ramón Menéndez Pidal, Ed. Selecciones Austral, Espasa Calpe, Madrid, 1882.